

40 Amaneceres, 2022

Faro Divino

Día 21. La Biblia me habla sobre la experiencia de la salvación.

A fin de que podamos comprender, aunque sea muy parcialmente, el plan de salvación, es preciso que seamos conscientes de cuál es nuestra verdadera condición. El profeta Isaías declara: "Todos nosotros somos como cosa impura, todas nuestras justicias como trazo de inmundicia. Todos nosotros caímos como hojas y nuestras maldades nos llevaron como el viento" (Is.64:6). En Romanos 3:23 leemos: "Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios".

Estas descripciones de la miserable condición caída de la humanidad tiene como objetivo resaltar la maravillosa solución que Dios ha provisto al problema del pecado. Los que creen en Cristo, con independencia de su origen étnico, pueden ser "justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo y que por fe está disponible para todos (Rom. 5:1; Efe. 2:8).

El termino justificación, en su uso teológico, es "el acto divino por el cual Dios declara justo a un pecador penitente, o lo considera justo. La justificación es lo opuesto de la condenación (Rom. 5:16). La base de esta justificación no es nuestra obediencia sino la de Cristo, por cuanto "por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida... por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos" (Rom. 5:18,19). "Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia" (Tito 3:5). Por medio de la justificación por la fe en Cristo, su justicia nos es imputada. Pasamos a estar bien con Dios gracias a Cristo nuestro Sustituto (2 Cor. 5:21). Como pecadores arrepentidos, experimentamos un perdón pleno, completo. ¡Estamos reconciliados con Dios! El darnos cuenta de que la sangre del Salvador cubre nuestro pasado pecaminoso, trae salud al cuerpo, el alma y la mente. Podemos entonces abandonar nuestros sentimientos de culpabilidad, por cuanto en Cristo todo es perdonado, todo llega a ser nuevo. Al impartirnos diariamente su gracia, Cristo comienza a transformarnos a la imagen de Dios. A medida que crece nuestra fe en él, progresa también nuestro saneamiento y transformación, y recibimos de Cristo victorias crecientes sobre los poderes de las tinieblas. El hecho de que el Salvador venció al mundo, garantiza nuestra liberación de la esclavitud del pecado (Jn.

16:33).

La salvación incluye el vivir una vida santificada sobre la base de lo que Cristo cumplió en el Calvario. Por haber llegado a ser una nueva creación, los creyentes tienen nuevas responsabilidades, deben vivir “por el Espíritu” (Gál. 5:25). El propósito más elevado de la vida llena del Espíritu es agradar a Dios (1 Tes. 4:1). La voluntad de Dios es nuestra santificación y ésta es, progresiva. Por medio de la oración y el estudio de la Palabra, crecemos constantemente en comunión con Dios. No basta con el mero desarrollo de la comprensión intelectual del plan de salvación. Nuestros caracteres deben ser transformados en preparación para la segunda venida. La transformación del carácter implica los aspectos mentales y espirituales de la imagen dañada de Dios, esa “naturaleza interior” que debe ser renovada diariamente (2 Co r. 4:16; Rom. 12:2). Únicamente el Creador puede cumplir la obra creativa de transformar nuestras vidas (1 Tes. 5:23). Sin embargo, no lo hace sin nuestra participación. Debemos colocarnos en el canal de la obra del Espíritu, lo cual podemos realizar contemplando a Cristo. A medida que meditamos en la vida de Cristo, el Espíritu Santo restaura las facultades físicas, mentales y espirituales (Tito 3:5). La obra del Espíritu Santo abarca, entonces, no solo la revelación de Cristo, sino el proceso de restaurarnos a su imagen (Rom. 8:1-10).

Todos los creyentes que viven una vida santificada y llena del Espíritu (poseídos por Cristo), tienen una necesidad continua de recibir diariamente la justificación (otorgada por Cristo). La necesitamos a causa de nuestras transgresiones conscientes y de los errores que podamos cometer sin darnos cuenta. Nuestra salvación se cumple en forma final y completa al ser glorificados en la resurrección, o trasladados al cielo. Por medio de la glorificación, Dios comparte con los redimidos su propia gloria radiante. Esa es la esperanza que todos nosotros anticipamos, en nuestra calidad de hijos de Dios. “Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Rom. 5:2).

Reto: medita en el salmo 51, hazla tu oración en este día.

FARO DIVINO, gracias por mostrarme que podemos ser justificados, santificados y glorificados.